

‘Revolución’ sin revolución

Dora Kanoussi

Con la crisis del Estado del bienestar, es decir del Estado que gestionó la socialdemocracia por más de 50 años, para enfrentar la crisis “general” del capitalismo (de múltiples adjetivos: general, estructural, orgánica, etcétera) aparecen respuestas no originales —a no ser por su intensidad— pero más o menos eficaces según la correlación de fuerzas entre clases en un país dado. Y así, al igual que en la crisis del Estado liberal que empieza ya desde la Primera Guerra Mundial, y a la que se responde con la Revolución de 1917, con el fascismo y con el Estado keynesiano, a la crisis contemporánea iniciada a más tardar a mediados de los años setentas, hay respuestas que corresponden a la burguesía y sus estados respectivos por un lado, y al movimiento obrero por otro.

Si se observa al proceso en curso, a nivel mundial, no cabe duda que una vez más las respuestas son de tres tipos, o al menos para fines de entendimiento y análisis se les puede clasificar en tres tipos. Por una parte está la derecha en plena ofensiva política e ideológica-cultural empujada en procesos “trasformistas”, es decir, de cooptación y

asimilación por el convencimiento que sabe ejercer (a través de sus intelectuales y del Estado) sobre los demás intelectuales y capas de la población susceptible de ser atraídas. Es un proceso que se lleva a cabo a nivel de Estado y por el Estado y sus ramificaciones en la sociedad civil, de las más diversas maneras pero con un acento siempre más fuerte en la cultura política de la sociedad de masas. Actualmente este “transformismo” se ejerce, por ejemplo, por el anticomunismo disfrazado de liberalismo “democrático”, que atrae a los jóvenes a centros culturales aparentemente desligados de la política (revistas, talleres, etcétera). Pero lo mismo sucede “espontáneamente” con las campañas que afectan las instituciones democráticas más auténticas y antiguas de la izquierda, como son los partidos, sindicatos, las universidades, la prensa. En fin, el transformismo es una forma de gestión de los cambios sociales, como fue, por ejemplo, la gestión socialdemocrática del capitalismo avanzado. Es la absorción de las contradicciones y de los conflictos mediante concesiones, pero siempre al interior de un contexto de conservación del sistema en su conjunto. Es una manera, en fin, de responder de las clases dominantes a los impulsos de cambio, modificando los equilibrios pero al mismo tiempo manteniendo a las clases subalternas como tales, es una especie de revolución del capitalismo en el capitalismo, o sea “revolución” sin revolución, a lo que Gramsci llamaba Revolución pasiva.

Reproducimos este artículo de Dora Kanoussi por su evidente interés actual. Fue publicado por primera vez en 1984 pero tuvo una circulación limitada.

Dora Kanoussi

Asimila al adversario

Precisamente desde Gramsci, el trasformismo es la forma de realización del objetivo histórico de la burguesía, la formación de su Estado por la cooptación y asimilación de los adversarios, pero también es la forma de ejercer el poder y de superar la crisis; es una forma de ejercer la dirección.

En fin, es la relación entre fuerzas antagónicas que presupone e implica la pérdida de identidad cultural y política del antagonista, de los sujetos políticos, de las demás clases; proceso que ha caracterizado muchas historias nacionales, entre ellas la italiana, pero también la mexicana.

La otra cara de la moneda, con respecto a este proceso descrito anteriormente, es la respuesta que a la crisis trata de dar la socialdemocracia, una vez que el Estado por ella sostenido o creado según el caso, entre en crisis. Respuesta que consiste en un intento de ajuste de cuentas con el propio pasado, convencida como parece ser, que la única salida, una vez más, es la modernización; la puesta al día del movimiento obrero y del estado del capitalismo avanzado por la adaptación a las respuestas que da la derecha. Ello coincide, por supuesto, con el trasformismo que está última ejerce convirtiéndose así a la socialdemocracia en general, y el movimiento obrero en particular, en objetos de este proceso transformista.

Al haber perdido lo que casi fue su razón de existir —el Estado social— el reformismo tradicional se debate también entre una idea, también tradicional, del Estado consistente sobre todo en una concepción estatista del socialismo y de la transición y un presente que exige una voluntad imaginativa para soportar las ofensivas de la derecha y no sucumbir a la cultura del “desencanto”.

Un tercer tipo de intento de respuesta a la crisis y a las transformaciones del capitalismo estaría constituida por los procesos

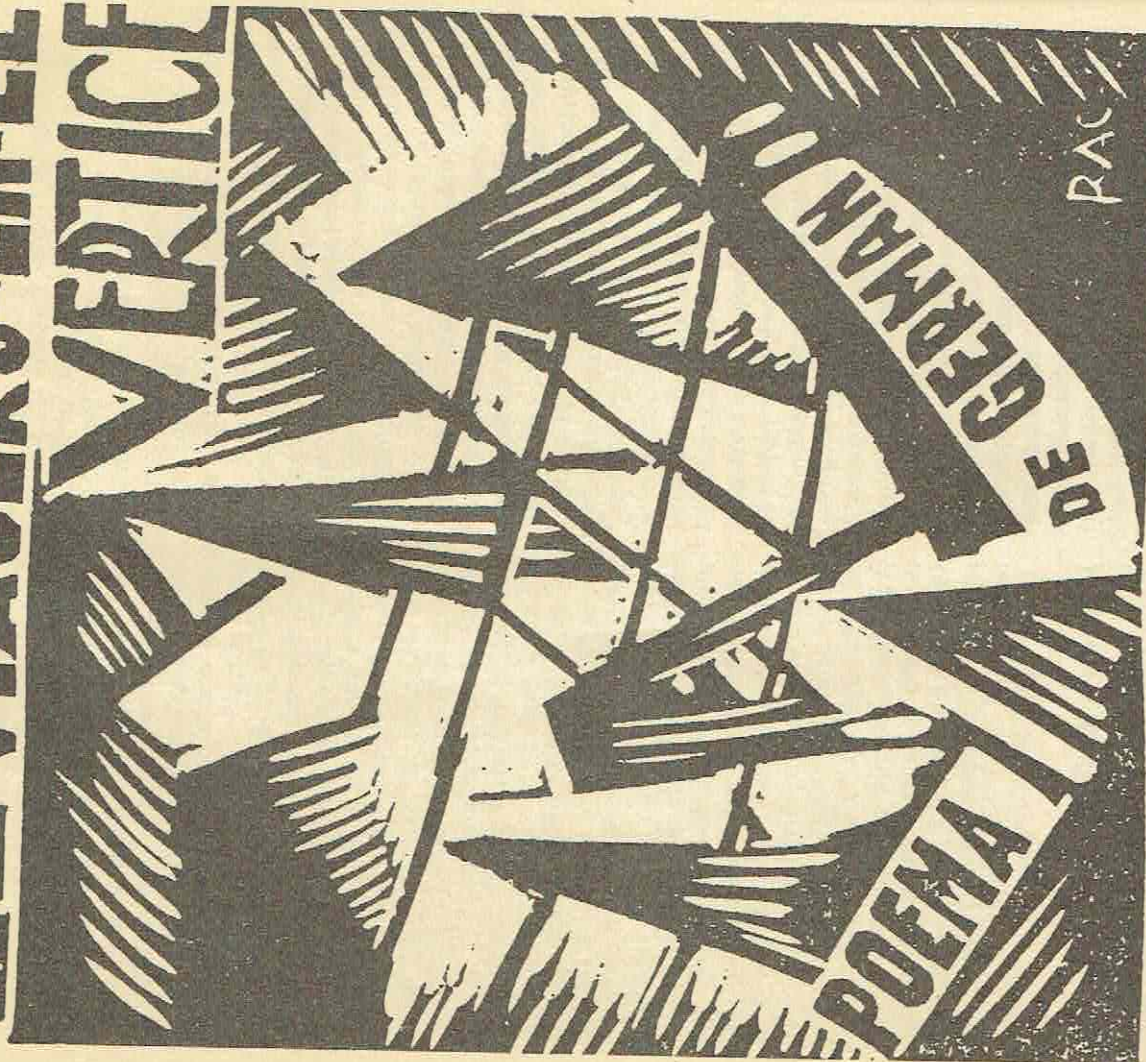
de renovación que suceden al interior de los partidos comunistas y las relaciones de éstos con el Estado postkeynesiano. Para la historia de los comunistas la discusión alrededor de la relación (en la que se resume esta cuestión) entre democracia y socialismo no es nueva, lo que ahora es la “tercera vía”, que empezó con la elaboración, por parte de Togliatti, de la vía italiana al socialismo; con la democracia “progresiva” que el partido “nuevo” como partido de masas y de gobierno constituye hasta llegar a la democracia —valor universal de Belin-guer. Pero ello no ha impedido la regular polémica con la socialdemocracia, ni los ataques de la derecha, consistentes ambos en la exigencia de que los comunistas prueben su fe en la democracia, y su respeto a las instituciones liberales.

Como se ve, la discusión que también empieza a darse en México no es original ni novedosa. Viene de lejos y tiene sus orígenes en la fundación de la Tercera Internacional y del Estado soviético. Sin embargo, lo anticuado del asunto es que se resucita al liberalismo olvidando que el individuo cuyos derechos se defienden, ya no está sólo frente al Estado, sino inmerso en asociaciones, organismos, instituciones, círculos que median entre él y el Estado. En ello, por lo demás, consiste el Estado postliberal, cualquiera que sea su forma concreta (autoritaria, fascista o democrática) que el capitalismo construyó con la ayuda de la socialdemocracia. Esto complica las cosas más allá de los deseos democráticos de los neoliberales.

El pecado original

El Estado que ahora está en crisis ya no se sostiene por una relación directa entre individuos y Estado, sino que es un Estado basado en un entrelazamiento entre (representación obrera-aparato estatal y capita-

EL VIAJERO EN EL VERTICE



LISTA ARZUBIDE

La tercera vía

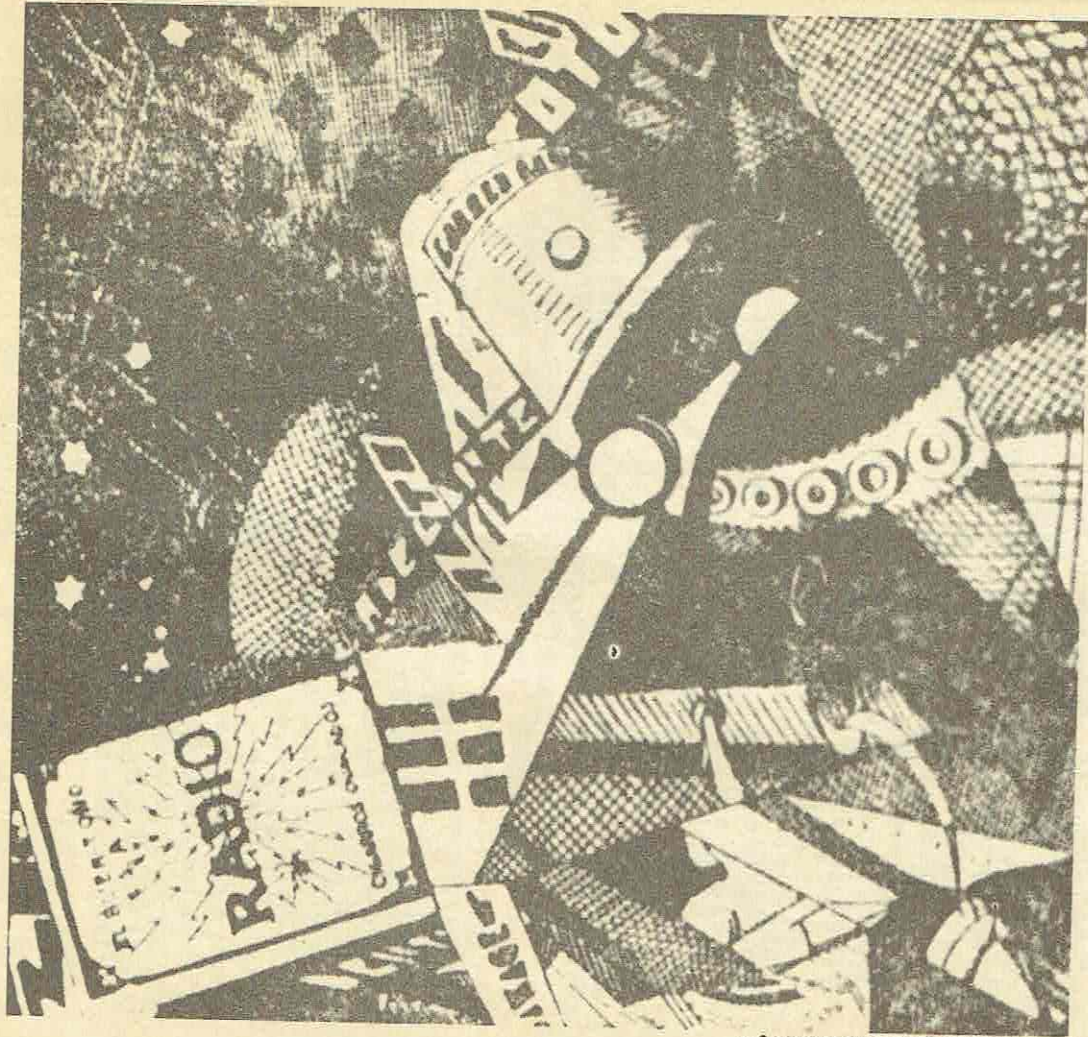
lismo "organizado") la famosa relación tripartita, fundamento del Estado "social". Por eso, es por lo menos ingenuo contentarse a estas alturas con una declaración de fe a la democracia realmente existente, es decir, el parlamentarismo primitivo, puro y simple, cuando éste ha sido superado, en el mismísimo capitalismo, como principal institución de la democracia. También es ingenuo poner todas las esperanzas de cambio en la organización estatal (de la que forma parte el parlamento) y en la buena fe de los que aspiran a ocuparlo. La complejidad de la sociedad contemporánea no permite semejantes ilusiones y lo que pueda parecer como simple pragmatismo y simplismo de la izquierda en realidad es impotencia y falta de creatividad ante las respuestas sofisticadas del capitalismo. Sobre todo habrá que tomar en cuenta para la comprensión concreta de la realidad que el "estatismo" es simplemente imposible, dado que en sus formas más desarrolladas (keynesianas y de socialismo "real") están en franca declinación. Es en este contexto de "transformismo universal" que a los marxistas se les exige no sólo el laicismo de sus partidos sino el agnosticismo, es decir, la abdicación total de los ideales del socialismo. Además, a los comunistas se les exige "socialdemocratizarse", cortar sus raíces leninistas (el pecado originario) y con ello convertirse, al fin, en modernos. Por eso cualquier ideal de voluntades colectivas es considerado voluntarismo.

La modernidad y la modernización exigen cortar las naves, dejar atrás todo el patrimonio común para así adquirir creencias democráticas; no importa que en este patrimonio está la idea (de Lenin) de que el desarrollo completo de la democracia (burguesa) lleva al socialismo. Modernizarse es también la alternativa de la socialdemocracia desde fines de siglo pasado. El capitalismo o es eterno y sólo susceptible de mejoras o es superado por sí solo, sin la intervención consciente y organizada.

Sería bueno, para remediar un poco nuestro provincialismo y nuestra falta de memoria histórica, recordar algunas cuestiones que atañen las elaboraciones de los comunistas italianos en cuanto a la relación de democracia y socialismo. Como se sabe, esta tradición (que también es nuestra) se remonta a Gramsci, es desarrollada por Togliatti hasta llegar a la democracia —"valor universal"— de Berlinguer.

Con un largo trabajo teórico y político de reelaboración del leninismo, Togliatti construye el partido "nuevo", o sea un partido comunista nuevo en base al viejo, pero de masa y de gobierno y a cuya adhesión no le es necesaria la identificación filosófica o doctrinaria sino sólo la identificación programática (y en ello consiste el laicismo). Lo importante será el programa por el que las masas se ligan al partido de la clase obrera y el hecho que ellas sean activas políticamente por este mismo programa al que poseen a fondo en su aspecto tanto coyuntural como de medio plazo. El partido es así concebido como *conjunto de funciones dirigentes* jerárquicamente ordenadas. De tal manera, el partido "nuevo" como conjunto frente al estado burgues, así como cada uno de sus organismos, tienen y ejercen autoridad propia, por cuanto su programa a través del cual se mueven concierne y responde a todos y cada uno de los problemas nacionales. Se entiende por ello como la realización de un programa determinado que requiere de un partido comunista nacional, de masa, de gobierno, de lucha y de clase, pero que abarque a todo el pueblo. Fundamento y justificación del nuevo carácter de este partido y de su programa será la nueva posición histórica de la clase obrera.

La novedad de la posición histórica de la clase obrera surge en la segunda postguerra por el cambio de su relación con la nación.



Radio, portada de Roberto Montenegro

el acontecimiento que convierte a la clase obrera en nacional es el hecho que la burguesía con tal de impedir a la nueva clase su ascenso, abdica de sus tareas fundamentales y deja que esa clase asuma las tareas de liberación de la nación que históricamente le competían. Esta nueva posición hace que la clase obrera tenga de ahora en adelante

actitudes positivas, constructivas y ya no sólo de propaganda y denuncia y el partido nuevo, basado en esa situación, será el que traduzca en política, en organización y en actividad cotidiana este profundo cambio de la relación de los trabajadores con la nación y sus problemas, asumiendo con ello una función dirigente en la construcción

democrática del socialismo, el partido intenta resolver el problema de la emancipación del trabajo en el contexto de la vida nacional, haciendo propias las tradiciones democráticas del país. Con ello se llega a la vía nacional del socialismo, vía democrática, por la “democracia progresiva” de Togliatti, quien con ello intentó llevar hasta sus últimas consecuencias la concepción de la democracia de Lenin. La concepción del partido según “la función nacional de la clase” (Vacca) Togliatti la elabora ya en 1945; con ella se renueva y se reconstruye el partido haciendo suyos los problemas nacionales, afirmando así el surgimiento de una nueva clase dirigente que por su mismo carácter es socialista. Así, las perspectivas de la nación como tal y las del socialismo convergen por un análisis de la historia nacional que constituye la más sólida base de la identidad del partido “nuevo”. Con base al estudio de los cuadernos de la cárcel que él se encargó de difundir y hacer que formaran parte de la cultura nacional, Togliatti busca y encuentra la problemática de la clase obrera en la historia nacional, basado en la posibilidad y necesidad de la autonomía de la clase obrera, construye la *unidad cultural y programática* de un partido comunista nuevo. Con esta idea se forman los cuadros del nuevo partido y la justificación del nacimiento del partido comunista es así fundada como vimos en la historia de la clase obrera; fundamento teórico del partido comunista es entonces su concepción de la historia nacional —gramscianamente— como historia de la libertad. Decía Togliatti: “Gramsci habló del partido de la clase obrera como intelectual colectivo”. “...en el partido es superada la conciencia corporativa, se llega a la política. El partido obra en la sociedad civil y en la sociedad política para transformarlas. La adhesión al partido y la construcción del mismo son actos de libertad. El obrero, el trabajador comienza a liberarse (entrando en el partido y luchando en sus

filas) de la condición puramente objetiva, individual, económico-natural de su existencia y de su vida de ciudadano. Su actividad deviene creación, cultura, y construcción consciente de un mundo nuevo”.

Ideología y política

La relación del nuevo partido con las masas es, según la anterior definición, *orgánica* por ser una relación basada en la libertad y no en la simple representatividad objetiva, como sucede con otros partidos. Entonces el concepto de libertad así entendido une la idea del partido con la de la historia, en cuanto que la historia en el marxismo italiano es la historia de la libertad. Más allá de eso, otra cuestión que distingue al partido de la clase obrera, en su relación con las masas de los demás partidos, es la cuestión de la relación entre dirigentes y dirigidos, en el sentido que ésta es una relación, en el partido nuevo, de distinción que conscientemente tiende a desaparecer; lo que es más, el partido como tal está fundado en la tendencia a la desaparición de la diferencia entre dirigentes y dirigidos; así como el Estado socialista será basado en una relación gobernantes-gobernados tendencialmente en extinción.

Una última cuestión que innova la concepción del partido nuevo y es (importante para apreciar las aportaciones de Togliatti) que nutren la tradición que hoy es necesario rescatar es la relativa a la ideología de los partidos. Puesto que las filosofías y religiones no pueden definir, ni ser obstáculo para la adhesión a un partido comunista y puesto que lo que une y disciplina a los militantes es el programa y la práctica política que se ejerce cotidianamente, se puede considerar que la *ideología de un partido* (desde Gramsci sabemos que las ideologías tienen consistencia “material”) es su *programa*: “Los programas contienen la

elaboración de las tendencias hegemónicas de los partidos, articulan concretamente el paso de lo económico-corporativo a lo ético-político, especifican sus funciones dirigentes. A esta posición corresponde la noción de partido de gobierno" ya que la madurez del desarrollo histórico del conflicto entre clases se desplaza en el terreno de la hegemonía (de la relación gobernantes-gobernados), los partidos definen sus funciones dirigentes en los programas de gobierno.

Y concluimos con una última cuestión no menos importante que atañe los fines, es decir, los *ideales del socialismo* según la visión del partido nuevo de Togliatti. "En la línea de avance hacia el socialismo están unidos dos momentos. Uno, el de los fines, la visión del objetivo final; la creación de una nueva sociedad y el segundo, que es la lucha actual, concreta. Debe de haber una ligazón entre ambos y la originalidad de nuestra política está en el hecho de haber establecido esta ligazón, de haber sido capaces de comprender la necesidad de formular las reivindicaciones inmediatas y poner los objetivos más cercanos hacia el objetivo final". Así el fin socialista como base de la identidad de los militantes está resuelto en la articulación del programa. Además, por lo que respecta al objetivo final, según Togliatti, se había hecho algo más; se había desprendido del "modelo" soviético antes del XX Congreso del PCUS. Y eso no sólo para evitar "horrores y errores" sino por tratarse de una situación histórica diversa y de un proceso político original.

Dejando ya la cuestión del partido en la "tercera vía", que realmente nos atañe en este momento, nos parece importante recordar que las condiciones que llevaron a la construcción del partido "nuevo" no han desaparecido. Además, por y en el marxismo sabemos que "el desarrollo es desigual". La masificación del Estado que previó Togliatti y con ella la politización de lo

social está todavía al orden del día; esto significa también la transformación del Estado y de su organización en aparatos que creen instituciones para el control de las masas y la organización-distribución de la "demanda social". El Estado llega a legitimar el conflicto reglamentándolo y la sociedad civil se organiza, pero de manera segmentada por intereses específicos, relacionados con determinadas agencias. La trama del Estado es entonces desarrollada así como se desarrolla por primera vez en el *new deal* y como será luego desarrollada por la socialdemocracia europea.

La consecuencia fundamental de todo este proceso es la dispersión de la llamada contradicción fundamental en una multiplicidad y especificación del conflicto social; y lo que es más: estratos sociales amplios, productivamente significativos devienen en parte integrante del orden existente y en caso de transformación tiene "algo más que perder que sus cadenas". El proceso *transformista*, que vimos antes, se difunde en toda la trama de la sociedad y convierte también a las clases subalternas en elementos de *revolución pasiva del capital*. A toda esta situación ya universal, en el capitalismo contemporáneo corresponde la idea que forma parte de nuestra tradición del partido nuevo y la estrategia de la vía nacional, propia al socialismo (la tercera vía) que evitaría las catástrofes tanto del socialismo real como de la eterna subalternidad socialdemócrata.

La historia de los últimos 40 años se encargó de corregir los errores de apreciación política de Togliatti, pero le dio la razón en lo que respecta al desarrollo del partido "nuevo" en tanto que partido comunista de masas y de gobierno.

Perestroika

Esplendor y miseria de la nomenklatura

Viacheslav Kostikov

Pronto elegiremos a los diputados populares en una forma nueva, como debe ser, después de una discusión abierta acerca de los diversos candidatos en cada distrito, y declararemos "servidores del pueblo" exactamente a quienes lo vayan a servir, en quienes confiemos, en quienes tengamos esperanzas. El pueblo toma firmemente en sus manos su propio destino y sale de la presión de la máquina administrativa que trató de aplastar los principios de la revolución leninista. Las resoluciones del XXVII Congreso del PCUS y de la XIX Conferencia del partido definieron la dirección de la reforma de la vida política, la dirección de nuestro consecutivo alejamiento de la *estalinizada*.

Pero nada se debe olvidar. Al aprender la democracia mediante la perestroika, debemos asimilar también las amargas lecciones del monstruoso sistema de administración estalinista. El artículo "Esplendor y miseria de la nomenklatura" trata de una de estas lecciones, de cómo trataron de sustituir la dirección popular, democrática y partidista con el aparato. *La redacción de Ogoniok*.

"Todos entendemos, camaradas, que hoy, cuando nos enfrentamos a las complejidades de la perestroika, la democratización de la sociedad, la amplia incorporación del pueblo al gobierno, no podemos evitar la existencia del aparato y no debemos relacionarnos en forma prejuiciada con sus cuadros. Necesitamos al aparato de dirección, pero debe ser diferente al que hoy existe. "Es necesario luchar por un 'aparato' de nuevo tipo, basado en un alto profesionalismo, conocedor de la tecnología informativa más moderna, controlado democráticamente por el pueblo y capaz de empujar el progreso económico y social."

Del informe de M.S. Gorbachov a la XIX Conferencia del PCUS.

¿Recuerda usted cómo Iván Aleksandrovich Jlestakov, al llegar a una pequeña ciudad fue confundido por el administrador local, quien aterrorizado pensó que se trataba de una gran personalidad de Petersburgo que viajaba de incógnito? Por supuesto que lo recuerda usted desde su época escolar. Pero seguramente no todos saben que la capacidad de viajar de incógnito la tienen no sólo las personas sino también las palabras. Una de éstas, vi-va, y viajera de incógnito, es la palabra *nomenklatura*. ¡Cuánto corrí buscando en las toneladas de nuestra prensa rusa, cuánto vagué al viejo estilo, lupa en mano, buscando entre líneas! y no encontré ni una vez esta palabra, cual si se hubiese vuelto invisible.

* Se refiere al personaje de la obra clásica de Nicolás Gogol, *El inspector* (1835).